LEOPOLDO GARCÍA COTTA y JOAQUÍN GARCÍA LEÓN

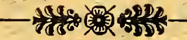
EL PAGO DE LOS LOBOS

DRAMA LÍRICO

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

MÚSICA DE LOS MAESTROS

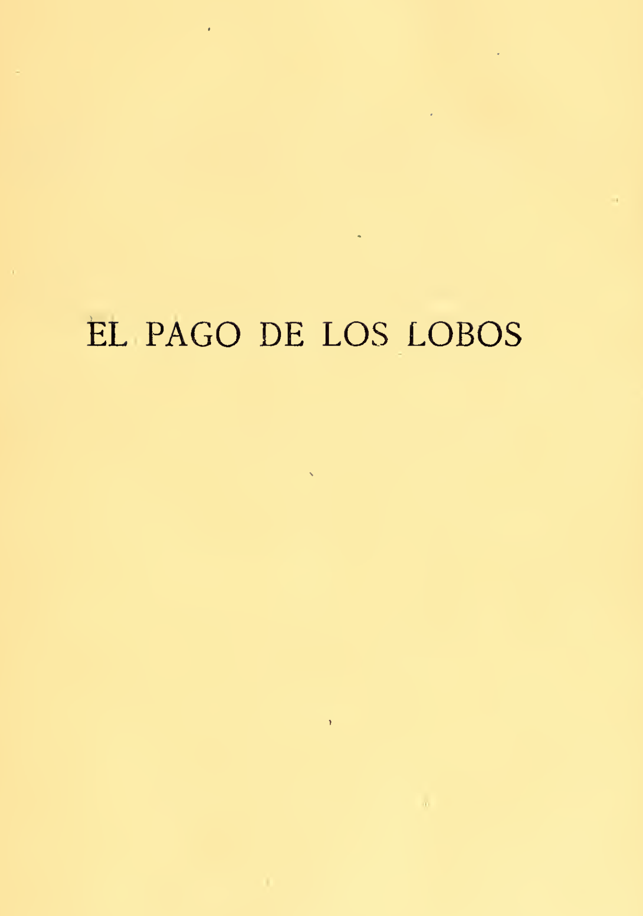
SALVADOR MARTÍ y JOSÉ ARROYO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

EL PAGO DE LOS LOBOS



EL PAGO DE LOS LOBOS

DRAMA LÍRICO

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS, EN PROSA

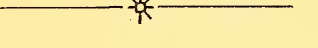
original de

LEOPOLDO GARCÍA COTTA y JOAQUÍN GARCÍA LEÓN

música de los maestros

SALVADOR MARTÍ y JOSÉ ARROYO

Estrenado en el TEATRO DEL DUQUE de Sevilla, el día 19 de Febrero de 1915



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1915

Al meritísimo actor y excelente director

Don Eugenio Casals

Su labor al encarnar el protagonista de esta obra, decidió el clamoroso éxito alcanzado por la misma, al que contribuyeron eficazmente todos los demás intérpretes.

Por tanto, nada más natural que ofrendársela en testimonio de admiración y de la gratitud a que le están obligados,

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TOÑUELA (20 años)..............	Dionisia La Hera.
LA RONDEÑA (20 íd.)............	Isabel Belenguer.
SARA (20 íd.)....................	Carmen Noriega.
AMALIA (20 íd.)..................	Concha Martelo.
CANCHO (25 íd.)..................	Eugenio Casals.
LENTISCO (25 íd.)................	Enrique Morillo.
EL PADRE ELÍAS (50 íd.)........	Fernando Hernández.
DON LUIS (30 íd.)................	José Sala.
DIEGO (45 íd.)...................	Enrique Garro.
JEROMO (35 íd.)..................	Salvador Roldán.
DON RAFAEL (30 íd.)............	Lino López.
DON FERNANDO (30 íd.).........	Enrique Lucuix.
EL RUBIO (35 íd.)...............	Antero Retes.
FERMÍN (30 íd.)..................	Manuel Villanueva.
TÍO NICIO (60 íd.)...............	Juan Palarea.
TOCADOR DE GUITARRA.......	N. N.

Dos guardas, tajoneros y coro general

La acción en la serranía de Ronda.

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Telón a medio foro, representando una llanada, a la que limita la sierra. No sobraría si al lado derecho descollara un hermoso caserío y a la parte de la izquierda alguna casita de aspecto humilde, con techumbre de enea. Un camino de herradura cruza la escena, en cuyo centro habrá una hoguera, que rodean tres personajes, que aparecen prestando atención hacia la izquierda, donde se oye una voz que canta.

ESCENA PRIMERA

JEROMO, LENTISCO y el RUBIO

Música

Una voz (Dentro.)
Siempre tuvo en la Sierra
su cueva el lobo.
huyendo de los dientes
de la jauría.
Pero de poco tiempo,
perdido el miedo,
campa por sus respetos
en la campiña.
Jarriá, Coronela.
jarriá, Mayorala,
que se atasca el carro
al peso e la carga.

—

Tengo yo una borrega,
que es mi cariño,
blanca como los copos
de pura nieve.
Si algún lobo se acerca
para robarla,
por mi madre le juro
que le doy muerte.
Jarriá, Mayorala,
jarriá, Coronela,
que se atasca el carro
en las carrileras.

Hablado

Len. ¿Qué vos parece las coplas que va cantando el carrero?

Rubio Mu bien que están.

Len. Cancho se las ha enzeñao.

Rubio ¿Cancho?

Len. Er mesmo.

Jer. ¿Y vosotros sabéis por quién dice ezo de los lobos?

Rubio ¡Toma, por los zeñoritos!

Len. Es mucha enteligencia la que tié eze Cancho. Saca una décima en menos que ze lía un cigarro. Y sobre tó, en siendo en contra e los ricos...

Rubio Se jaya ofendío de ellos...

Jer. ¡Son muchos señoritos estos amos!

Len. Como tós los señoritos.

Rubio Como tós, no; los hay malos y los hay güenos

Jer. Bendito donde los hay, era el padre del amo. el señor marqués.

Rubio Un padre pa tós.

Jer. En cambio, el hijo ha salío...

Len. Un demonio pa tós.

Jer. ¡Qué diferencia de tiempos; si er difunto alevantara la cabeza!...

Rubio Lágrimas había de costarle, de vesno a los tajoneros la vía que estamos arrastrando.

Len. Parecía a la que ellos se llevan en esa jacienda, (Señalando hacia la derecha.) que paece una casa e locos.

Jer. De fiesta en ella tó el año, que pa esa gente tó los días son disantos.

Rubio — Y tó er mundo suyo; ya veis cómo entran en toas partes, lo mesmo en tu choza que en la mía que en la de tós.

Jer. — Como si tuvíamos nosotros curpa de que los años sean malos.

Len. — Pos ya oyeron ustés ayé al arministraó; er que no pague las rentas atrasás de aquí ar sábao, espedío.

Rubio — Y mcs tendremos que dí gorviéndole la esparda a estos terrones que son pa nosotros más que la vía. Y yo, si vos digo la verdá, lo siento más que por mí mesmo, por el probe tío Nicio.

Jer. — Se partía er corazón de oí **ar** viejo cuando le dijo ayé don Paublo, el arministraó, que o pagaba esta semana u le embargaba las bestias y los aperos, echándolos a la calle.

Len. — ¡Pos y la probe Toñuela!...

Rubio — Quisás tenga ella la curpa de que los echen, sin sabeslo.

Len. — Quita allá, ¿ella?... moza más cayá y más santa...

Rubio — Tendrás los ojos serraos.

Len. — Yo, ¿por qué?

Rubio — ¡Digo, Jeromo!

Jer. — Lentisco te han puesto por lo bruto, y debían haberte puesto arcosnoque. ¿Aónde tiés tú los ojos, animá?

Len. — Yo, en la cara.

Jer. — U en los zancajos, que es lo mesmo. ¿Qué es lo que trae ar zeñorito Luis que ze bebe los vientos po estos pagos?

Rubio — Toñuela.

Len. — ¿Toñuela?

Jer. — ¿Y qué es lo que jase Toñuela cuando ve que ze acerca el zeñorito?

Len. — Esconderse.

Jer. — ¿Y por qué al probe Cancho le matan la borrega que acierta a trasponé la linde der zeñó?

Len. — Porque ezo está acotao.

Rubio — Por invidia, porque zaben que es al que quiere Toñuela.

Jer. — Con zu razón le habemos puesto a eze el *Pago de los Lobos*.

Len. — Pué que tó tenga un arreglo.

Rubio — Pa ezo penzamos dir hoy tós a la jacienda a jablá con er zeñó... ¡Pero lo que es er viejo y Toñuela!...

Len. — ¿Crees tú?

Rubio — Yo creo que tan y mientra esté aquí Cancho no ze le quita la rabia ar zeñorito... y otra coza: que yo, ziendo Cancho, me iba.

Len. — ¿Por qué?

Jer. — Jabla.

Rubio — (Con misterio.) Porque le güele la cabeza a pórvora.

Jer. / Len. — ¿Qué dices?

Rubio — A Diego, er guarda, jace noches que lo veo celando por la reol der tajón de Cancho, y ezo me da mala espina; en jamás dimpués de la quea lo vide por ezos zitios...

Jer. — ¿Y crees tú?...

Rubio — Que er zeñorito le tie mieo, y además, que le estorba.

Len. — Entonce, ¿lo quién maté?

Rubio — ¡Caya! No se pué jablar ná alante de este zopenco.

Jer. — ¡Miá por dónde azoma er guarda! (Por la derecha.)

Rubio — (A Lentisco.) Cudiao con lo que ze escapa, tú. (Hácense los distraídos, hasta que aparece Diego por la derecha. Trae una escopeta de dos cañones colgada al hombro, escarapela en el sombrero y una bandolera cruzada al pecho, que revelan su cualidad de guarda jurado.)

ESCENA II

DICHOS y DIEGO

Diego — (Llegando al grupo, seco y desabrido.) ¿Qué se jace?

Jer. — Ya usté vé, señó Diego.

Diego — No sé cuando vos vais a enterá que al amo no le gusta veros arreuníos, y menos en er camino que conduce a la jacienda.

Rubio — Es que habemos quedao en vernos aquí tos, pa dir a jablá con er señó respetive a las

rentas. Queamos ayer con don Paublo en dir hoy tos.

Diego Pos yo vengo a deciros, que si quereis que vos reciba, teneis que dir uno a uno; y eso más tarde, asina que haiga espachao sus quejaceres. De moo y manera, que ya vos podeis dir pa los tajones. (*Hacen los tres medio mutis por la izquierda, quedando parados al oir que Diego dice:*) Tú no, Lentisco; tú te tiés que vení conmigo a la jacienda.

Len. (*Demostrando con el gesto el terror que le inspira que lo lleven a presencia del amo.*) ¡Y yo qué motivo he jecho pa que me quiá usté llevá alante el amo!

Diego Tiés que curá a uno e los señoritos; er méico tardaría en vení der pueblo, y dicen que tú eres curandero.

Len. ¿Yo?

Jer. Argo entiende de eso. Sobre to pa curale el pasmo a las bestias tié mano e santo.

Diego (*De mal humor, a Jeromo.*) No es pa curá bestias, ¿sabes?

Jer. Yo lo decía...

Diego (*A Lentisco.*) Es que a uno de los señoritos amigos del amo, lo ha erribao er cabayo ar sartá una zanja y se ha esbolillao un pie.

Len. Eso es lo que mejó yo entiendo; cuestión de animales pesniquebraos.

Diego ¿Sabrás tú componesle er pie, Lentisco?

Len. Pregúnteselo usté a Cancho. Ahí tié la borrega que le partió usté el otro día la pata ar sartá er bayao; cinco días la tuvo encerrá en er tajón; ar que jizo seis...

Diego No la curarías; que vorvió a sartá la linde, y le jice la puntería en la cabeza.

Len. En cosas respetive a la cabeza no sé yo curá; pero en to lo emás, que lo diga Cancho. (*Señalando a la izquierda.*) Miste por aonde asoma.

Diego Ya lo veo. (*Tras pausa.*) Tú a la jacienda, y ustés a los tajones, que a ese le tengo yo que contá un cuento y esta es la ocasión. (*Mutis por la derecha Lentisco. Por la izquierda, segundo término Jeromo y el Rubio. Después Diego extiende el brazo hacia el primer término y exclama:*) Jé... Mozo güeno, acércate a jacé un cigarro.

ESCENA III

DIEGO y CANCHO. Aparece lentamente; viste al uso de los pastores de la sierra, con zamarra, calzón de la misma piel y enorme cayada; tocándose con el tosco sombrero de la serranía que ayuda a hacer más rústico el tipo, aunque su cara es de angelote

Can. Que Dios guarde.

Diego Con er vengas. Lía un cigarro y escucha. (Ofreciéndole la petaca.)

Can. No jumo.

Diego Cigarro que me ajorras. ¡No jumo!... ¡Dí que no quieres!

Can. (Encogiéndose de hombros.) Pos eso, que no lo quiero.

Diego Güeno, a la cosa. ¿Qué contestación me das de lo que antiyer te dije?

Can. Que no.

Diego ¿Tú lo has pensao bien despacio?

Can. Bien despacio.

Diego ¿Es que te paecen pocos dineros, los que te ofrece er señó por las tierras?

Can. Ni pocos ni muchos.

Diego Vamos a vé, ¿hasta cuánto píes por ellas?

Can. ¿No oye usté que no hay dineros pa mí en er mundo? En esas tierras nacieron mis agüelos, mis padres... nací yo... nacerán mis hijos...

Diego (Con sonrisa irónica.) ¿Tus hijos?

Can. Sí; mis hijos! De sus entrañas ha salío er pan que tos nos hemos comío y sardrá er que seguiremos comiendo, Dios mediante.

Diego Es que er señorito te ofrece tierras mejores de la banda allá del río. Allí son más abundantes los pastos y sobre to tiés anchura aonde la majá se extienda; a más, el amo tié gusto en acotá tos estos Fagos y créelo... ar fin tendrás que queré. Yo la orden que tengo es que vele noche y día tu ganao y... ya sabes...

Can. Sí; que acabará usté con toa la majá. Ya sé que borrega que trasponga la linde, borrega que me matan. Ayé sin i más lejo, me mató usté una añoja que vendría paría pa esta sanmiguelá.

Diego Si fuá esa sola... Te digo que te conviene marcharte de estos Pagos. Vamos, ¿qué dices?

Can. Esto solo: que pué usté arramblá con to er ganao que trasponga la linde, que al fin será to, lo sé: los animales quién campo y ar menó escuido entran aonde uno no quisiera; bien, pos a acabá con to lo que sea de Cancho, cuando pise en término der señó; a acabá con to lo que ponga er pie en er Pago de los Lobos.

Diego (Amenazador.) ¿Cómo lobos?

Can. (Impasible.) De los lobos. Pero ahora le digo a usté pa su gobierno y er der señó, que si ustés son amos de la linde adrento y de estos tajones, de la umbría a la torrentera lo es Cancho; Cancho, que siguiendo er consejo der señó, tamién acota sus tierras, porque tamién tié que guardá en ellas.

Diego ¿Y qué quiés decí con eso?

Can. Que aquer que pise un terrón de mi jaza, lo mato.

Diego (Descuélgase la escopeta.) ¡Tú!

Can. (Retrocediendo.) Yo. ¿Es que han creío ustés que no sé de lo que tratan? Quereis quitarme á Toñuela; auyentarme de estos Pagos der móo que sea pa quearos libre e estorbos pa jacé otra desgracia.

Diego (Mirando a todos y empuñando la escopeta con crispadas manos.) ¡Ladrón!

Can. (Con creciente energía.) Ustedes son los ladrones. Pues bien; ahí está la Toñuela; ahí la teneis, sin otro apoyo que er de un viejo que se muere bajo er peso e la injusticia que quereis jacer con él. (Extendiendo el brazo hacia la izquierda, con semblante horrible.) ¡Pos a por esa borrega, lobos!... a por ella! ..

Diego (Tirándose la escopeta a la cara, desbordante de ira.) Mardecía sea tu sangre; caya pa siempre.

Can. ¡Pa siempre! (Cancho, da con agilidad un salto saliéndose de la trayectoría del cañón y, ganando la vez al guarda, coge por el cañón la escopeta. Desde este momento empieza una lucha desesperada entre ambos disputándose el arma, hasta que al fin Cancho da con Diego en tierra y logra arrebatarle la escopeta con la que le apunta a quemarropa tan pronto se incorpora.) Y ahora, ¿quién calla?

Diego (Tendido en tierra.) No me mates.
Una voz (La de Toñuela por la izquierda.) ¡Cancho!
Can. (Vuelve la cara y al reconocer a Toñuela da una mano a Diego para que se levante y le dice.) ¡Juye... te ha sarvao Toñuela! (Diego desaparece por la derecha no sin antes lanzar a Cancho una mirada de odio.)

ESCENA IV

CANCHO y TOÑUELA por la izquierda

Música

Toñ. Suerta el arma, Cancho mío,
vea tu cara yo risueña,
deja el ceño ese de muerte
si es verdá que me amas tú.
Can. (Tirando a un lado la escopeta.)
Como a mi madre te adoro,
como a la Virgen te miro;
te quiero como se quiere
la libertá y la salú.

—

Toñ. Por nuestro cariño
yo, Cancho, te pido
que eseches rencores
si me quieres bien.
Can. Son lobos cobardes.
¡Ay, Toñuela mía,
que las sombras buscan
para acometer!

—

Toñ. Que la mala hora
pase para siempre,
que estas malas gentes
nos quieren perder.
Can. Pues yo por tí juro
que del que acometa,
la maldita sangre
tengo de beber.

—

Toñ. Eres Cancho.
Can. Eres Toñuela.
Toñ. Tú mi cielo.

Can. Tú mi estrella.
Toñ. ¿Tú me quieres?
Can. Con pasión.
Toñ. Pastor mío.
Can. Mi borrega.
Toñ. Seré tuya.
Can. Serás mía.
Toñ. Pese al mundo.
Can. Pese a tos.

Hablado

Toñ. (Con voz amorosa y suplicante.) Cancho.

Can. (Idem.) Toñuela.

Toñ. No mates.

Can. No, Toñuela; si yo no quieo matá; son ellos los que quién jacerme un asesino, un desgraciao.

Toñ. Recuerda siempre lo que te dice el padre Elías.

Can. Si tos fueran como él... Pero estas gentes son malas. (Señalando al caserío de la derecha.) No les basta con que Dios les haiga dao salú y goces y jartura, que allí aonde ven que un desgraciao tié puestos sus ojos y su arma van y lo ponen tamién; los ojos, que arma no tienen, porque no tién arma las fieras. (Bájase a coger la escopeta que antes tiró al suelo.)

Toñ. (Viéndole coger el arma.) ¿Qué haces con la escopeta?

Can. Dí a llevársela a su dueño, no es mía.

Toñ. No, tú no; no te acerques a la jacienda; la llevaré yo, que al fin tengo que ir allí.

Can. ¡Tú! ¿Pa qué?

Toñ. Pa rogarle una vez más al amo que no nos echen de las tierras; pa decirle que a mi padre lo está matando la congoja de pensá que lo van a separá a la fuerza de aquellos terrones que son nuestra vía; a decirle que... Pero, ¿qué te pasa? ¿Qué tiés, Cancho?

Can. No lo sé, Toñuela. Es que cuando oigo hablá así de injusticias... que cuando reparo en el afaná de los probes, pa sembrar el pan que han de comerse esas gentes... que cuando recüerdo lo que dice el padre Elías de

que tos semos hermanos y hijos de Dios... ¡Qué sé yo!... Y dice aluego: ¡no mates!

Toñ. (Sorprendida ante la expresión de Cancho.) ¿Qué te pasa?

Can. (Llevándose ambas manos a la cabeza.) Que me guervo loco y... no sé, no sé... porque en mis luces sí cabe comprendé que no se mate a un hermano, ni a un perro, ni a una jormiga. Esta es y si la veo en la verea me jace acortá u alargá er paso pa no pisasla; pero lo que no pueo comprendé, es que se pase por junto a la víbora sin aplastarla, ni junto ar perro que rabia, sin dasle un escopetazo.

Toñ. ¿Y qué quieres decir, Cancho?

Can. Lo que quiero que comprendas. Que a la vista del Lobo no vi a tené más remedio que aplastarlo y mordé; y que pa no jaceslo ya sabe tu padre y tú la verea que hay. No vayas a vé al amo, Toña; mañana mesmo tenemos vendío er rebaño, mos echa la bendición el padre Elías en la ermita y ar Sitio er Cuervo.

Toñ. ¡Al monte!

Can. A aquellos lugares que sólo Cancho conoce parmo a parmo; allí, aonde entre jaras y breñales se crían corzos y jabatos, que al quear presos en los lazos que yo tienda nos darán el sustento que tan amargo cuesta aquí, donde tó es de unos pocos que no tién ni corazón ni conciencia.

Toñ. Sí, Cancho, allí nos iremos; que vale más vivir entre bestias salvajes que entre bestias humanas; allí a donde no llegue el ruío del mundo, aonde sólo se vean jarales y fieras.

Can. No, si es más bueno de lo que tú te figuras: la primavera allí es más temprana que en el llano, y entre er tomiyo y el romero con que se visten las laeras, hay ruiseñores que cantan en las umbrías y tórtolas que arrullan en las lentisqueras.

Toñ. Aquel será nuestro asilo si acaso el amo no se conduele de nuestras miserias; pero antes hay que apurá ese recurso, que el marchar mi padre del tajón pué que le cueste la vía.

Can. Le tié apego...

Toñ. Allí nacieron sus padres, nació él mesmo, nací yo... Sacarlo de ellas es matarlo, Cancho.

Can. ¡Qué jacer, Dios!...

Toñ. Por eso quiero í a jablarle ar señó, pa pedirle que por caridá nos dé otra tregua.

Can. (Con voz apagada y ronca.) ¿Y si el amo como otras veces te jablara de cariño?...

Toñ. (Sacando un cuchillo del seno en un arranque de indignación.) Entonces, por el nuestro te juro que le jundo esto en el corazón.

Can. (Enardecido ante la actitud de Toñuela.) Jaslo, Toña; (Empujándola suavemente hacia la derecha.) ¡a la jacienda! Yo aquí espero, sólo pa guardarte a ti. Si me matan hoy la maná entera porque trasponga la linde, no me importa; hoy eres tú mi sola borrega. Y... oye, Toña; si no te jaces con él... si te farta er corazón... si acaso tiembla tu mano pa dá el gorpe, llama; una vos, un grito, ¿sabes?; ya verás cómo yo acierto, ya verás. (Volviéndola a empujar como antes.) ¡A la jacienda!

Toñ. (Señalando hacia la izquierda.) ¿Y esa gente?...

Can. (Tras mirar en la dirección dicha.) Tajoneros que se acercan a vé al amo pa pedisle tamién tregua. Aguarda y te vas con ellos.

ESCENA V

DICHOS y JEROMO y el RUBIO, acompañados del CORO de hombres

Jer. (Por la izquierda.) ¡A la pá je Dió!

Can. Con ella seais llegaos.

Rubio Adiós, Toñuela. (A Cancho.) ¿Será ya hora de vé al amo?

Can. Dirse acercando a vé.

Jer. Un encargo der Padre Elías: Mañana trempano tó er mundo a la ermita er Valle, pa jacerle función a la Vigen pa que llueva.

Rubio Allí asoma Lentisco, (Por derecha.) de la jacienda viene.

Toñ. A ver qué noticias trae.

Jer. Paece que viene asustao.

Can. Vamos a vé.

ESCENA VI

DICHOS y LENTISCO. Al final DIEGO y DOS GUARDAS

Len. (Haciendo grandes aspavientos.) Ave María Purísima, Madre, Hijo y Espíritu Santo.

Can. ¿Qué traes?...

Jer. ¿Qué te pasa?

Toñ. ¿Qué traes, Lentisco?

Len. Casi ná.

Rubio Pero ¿qué pasa?

Len. Que en la jacienda se han güerto locos el amo y los señoritos.

Jer. ¿Pero acabarás de decí...?

Len. Que tién armao allí un fandangazo que tiembla la jacienda. Y hay allí unas mujeres... ¡Ay, qué mujeres, santo Cielo!

Jer. ¿Guapas, eh?

Len. Guapas, la má de guapas; y de vergüenza, con la má de poca vergüenza. Se traen un baile, asín, con un meneo... Una me jizo azina, y me tomó la cara. (Pasándose la mano por la barba.)

Rubio Pa esa gente es er mundo.

Len. Yo he jecho por salí de la jacienda con el aqué de cogé unas pocas de jaras cerbunas pa ponesle una birma ar señorito, y sólo ha sío pa deciros que vos andeis con ojo, que están arreuníos los guardas tós en la jacienda, y jablan de prendé a arguien.

Rubio ¿A quién?

Len. No lo sé.

Toñ. (Llorosa a Cancho.) Cancho...

Can. ¿Qué te pasa? Ni que hubiá jecho argo malo.

Toñ. Es que antes...

Jer. ¿Qué ha jecho Cancho?

Rubio ¿Qué ha pasao?

Toñ. Que enantes riñó con Diego: le ha quitao la escopeta...

Len. ¡Jozú!

Jer. Vete, Cancho.

Can. ¿Que me vaya?...

Rubio ¿No conoces tú a los lobos?

Can. Y los lobos, ¿no me conocen a mí?

Jer. Te prenderán, no lo dúes.

Can. ¿Qué? Prenderme, no. Sí, ahora es cuando necesito yo de más libertá. No me dejaré prendé; vos digo que no...

Len. Juye; pa cá vienen, ¿los veis? Er señó Diego los acompaña.

Toñ. Vienen por ti.

Can. Déjalos. Mira, Toña, lo jablao. Y a vosotros un favó; favó de amigos y hermanos. Con vosotros se va Toña; jurá también que con vosotros sardrá de la jacienda.

Unos Lo juramos.

Otros Sí, sí.

Len. (A Cancho.) Que te se echan encima.

Rubio (Señalándole a la izquierda.) Corta por la Torrentera.

Can. (Haciendo medio mutis.) Ya voy. (A Toñuela.) Toña, mañana con er viejo en la ermita er Valle.

Jer. ¿Y las borregas?

Can. ¡Pa ellos! Y pa ellos mis tierras y pa ellos tó; tó menos mi arma y mi libertá. Mi arma es ésta y a vosotros la confío; (Entrega la Toñuela a los compañeros.) la libertá me la buscaré yo, que soy hombre y nací pa gozasla. (Medio mutis hácia la izquierda.)

Voz Alto; date preso.

Can. (Respondiendo a la voz.) Preso, nunca. Tirar si quereis. Grande es er llano que se presenta pa afiná la puntería; pero tener güen ojo; ar corazón o a la cabeza, donde me arremateis de una vé; porque si no, a esas escopetas que defienden la injusticia de un ladrón, responderá esta escopeta, defendiendo a un hombre honrao. ¡Ar llano! ¡Ar llano! (Desaparece por la izquierda al tiempo que por la derecha salen Diego y dos guardas más con las escopetas encaradas.)

Diego Alto; alto, date preso. (Cruzan la escena corriendo.)

Toñ. (Con acento suplicante.) ¡Por Dios, por Dios! (Ya desapareciendo los guardas, óyense dos o tres disparos.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Cae desmayada en brazos de sus compañeros. Cuadro.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Una habitación en la hacienda del Marqués. Puertas al foro y en los laterales. No sobraría una chimenea y algún trofeo de caza

ESCENA PRIMERA

Al alzarse el telón, aparecen sentados en semicírculo el SEÑORITO LUIS, el SEÑORITO FERNANDO, el SEÑORITO RAFAEL, el TOCADOR DE GUITARRA, la RONDEÑA, AMALIA y SARA. Esta está bailando y termina a poco. Entonces canta la Rondeña

Música

Rond. Con el oro de tu pelo
y la plata de tu cara
y el fuego de tus ojillos
fundiría una campana.
Campanita que *laína*
por mis penillas doblara.
Y que cuando fuera mía
como loca repicara.
Aguilita que en el vuelo
te remontas a las nubes;
aguilita, baja, baja,
aguilita, sube, sube.

—

Todos Aguilita que en el vuelo
te remontas a las nubes;
aguilita, baja, baja,
aguilita, sube, sube.

(La Sara vuelve a bailar hasta que termina el número, y se sienta, como antes, al lado del señorito Rafael.)

Hablado

Raf. Bien por la Sarita.

Fern. Olé tu cuerpo, gitana.

Sara Y que na más, cojito mío. (Acariciándole la cara.)

Rond. Eso, y a la que ya está ronca de tanto cante, que la parta un rayo.

Raf. De piropearte a ti se encarga Luisito. (Aludiendo al Marqués, que se halla preocupado.)

Rond. Se encargaba. El señor Marqués está por esta vez muy serio. (Acercándose a él y poniéndole amigablemente las manos en los hombros.) ¿Qué es lo que te pasa, gitano?

Luis (Encogiéndose de hombros.) Ya ves...

Amalia (En tono bromoso.) Que se casa pronto, ¿no lo sabes?

Fern. (Idem, al Marqués.) Ya lo ves; hasta éstas se han enterado.

Rond. Cuarquiera gachosiya tiene dientes para hacer presa en Luisito.

Luis (Esforzándose por disimular su preocupación.) Estoy malo. (Los circunstantes ríen.) No; es verdad, me siento mal.

Rond. Lo que tiene Luisito es un ataque de esaborición fenomená...

Amalia Mira, Pepe (Al tocador.) ya que ellos no convidan, convida tú.

(El tocador se levanta, y cogiendo de un velador que habrá a un extremo a la derecha, una botella, reparte vino entre los circunstantes en lo que dura la escena.)

Sara (Levantándose súbita. A la Rondeña.) Lo que tú has dicho; vaya si están de arate los niños. (Al Marqués.) Mira, tú; otra vez no nos hagas venir a la hacienda pa recibirnos con esa cara.

Luis No, chiquilla; es lo que os digo, estoy mal. Vamos, que no tendréis quejas; desde ayer tarde que llegásteis, creo que nos hemos portado...

Raf. (Sonriendo intencionadamente, a Sara.) Nos hemos portado, ¿verdad?

Sara (Idem.) Sí, niño, sí.

Amalia Entonces qué, ¿nos marchamos hoy?

Luis Sí; esta tarde hemos de recibir a unos señores muy graves, y se escandalizarían si os vieran. Tenemos que aparecer impecables a los ojos del mundo. Ya he dispuesto que antes os den de almorzar.

Sara A mí me da miedo de pensar en la vuelta.

Rond. Como que cada vez que venimos a la hacienda, tenemos que llevarnos una semana en cama.

Amalia Verdá. Ahora llegamos, y ya se sabe: tres mujeres inútiles.

Luis ¿Y qué?

Sara — Pues, hijo; que molino que no muele, no gana maquila.

Rond. — (Con mimo, al Marqués.) ¿Por qué no mandas que nos lleven en el coche? Anda, rico.

Luis — No, no; en el coche de casa, no.

Raf. — Claro, le conocerían...

Amalia — No; porque llevando las cortinillas echás, nadie había de vernos.

Sara — Anda, Luisito.

Rond. — ¿Verdad que vas a querer? Oyeme. (Muy zalamera, le habla al oído.)

Luis — Bueno, os llevará hasta el cruce de la carretera. ¿Estamos?

Amalia — ¡Bien! ¡Bien! ¿Quién me da un pitillo?

Sara — ¿Y a mí?

Rond. — ¿Y a mí?

(El Marqués saca una petaca y da pitillos a las mujeres y al tocador, que, silencioso en su sitio, se ocupa en templar la guitarra.)

ESCENA II

DICHOS y LENTISCO

Len. — (Desde la puerta del foro.) ¿Se pué pasá pa entro?

Luis — ¿Quién es?

Rond. — (Riendo.) El bruto de las yerbas.

Fern. — Entra.

Sara — (A la Rondeña.) Anda con él.

Len. — (Al señorito Rafael.) Aquí está ya la melecina.

Luis — ¿Cómo has tardado tanto?

Len. — Porque estas yerbas son mu difíci las pajoleras de encontrá.

Luis — ¿Y dices que quedará bien con eso?

Len. — Home, yo no sé decisle más que a las bestias a toas las curo yo con esto. (Risa en todos.)

Fern. — (En voz baja a las mujeres.) Andad con él.

Rond. — (Aproximándose a Lentisco, en tono gachón.) ¿Me das candela, pichón?

Len. — ¡Yo candela! (Escondiéndose el cigarrillo que fuma, cual si temiera que se lo quitaran.) Primero me cortaba yo las manos que dasle candela a una mujé... (Grandes risotadas en todos.)

Amalia — ¿Y un beso? ¿Me das a mi un beso?

Len. — Asina me dieran una yunta e mulos, miá tú.

Raf. (Siguiendo la broma.) Vamos, hombre, dáselo.

Len. (Con verdadera indignación.) Quite usté allá, señorito. Usté no sabe el asco que me da a mí de besá una boca que güela a tabaco.

Sara (Avanzando a él.) A mí me lo tienes que da.

Len. (Echándola hacia atrás de un empellón.) ¡Mardita sea tu ralea! (Dirigiéndose al foro.) Déjame que yo sarga.

Sara ¿No oyes?

Luis ¿Dónde vas?

Len. Al escampao, enantes que me bese a mí una pajolera de estas.

Luis Vamos, dejadlo. Y vosotras, a la mesa, que luego se hace tarde.

Amalia Adiós, gitano. (Marcha por la derecha.)

Rond. Tortolillo, adiós.

Sara ¿Te vienes?

Len. Andá ya y que vos coma er demonio a toas. (Desaparecen las tres y el guitarrista por dicho lado.)

ESCENA III

EL SEÑORITO LUIS, FERNANDO, RAFAEL y LENTISCO

Luis (A Lentisco, tras pausa.) Vamos, ¿dices tú que con eso curará?

Len. Ya sabe usté lo que le he dicho.

Fern. ¿Eso no le impedirá que ande?

Len. Quiá... si es un dejinsillo. (No dándole importancia al golpe.)

Raf. (Tentándose el tobillo, que presenta vendado.) ¿Dices que no hay nada roto?

Len. Si hubiá argo rompío, estaba usté ahora mesmo pegando ca chillío como un berraco. (Ríense.)

Luis Bueno, a curarlo.

Len. Es que estas yerbas hay que machacarlas enantes en una armiré o un mortero.

Luis Pues vé a la cocina y pídelo. (Señalando la primera izquierda.) Por ahí. (Al tiempo de ir a hacer mutis.) Oye, muchacho; tú que has estado fuera... ¿esos disparos que sonaron hace poco?...

Len. Los guardas se los jicieron a Cancho.

Fern. ¿Le han matado?
Len. ¡No, señó!
Luis ¿Le han preso?
Len. Tampoco; es decí, que yo sepa. Traspuso la torrentera y se perdió.
Luis ¿Le siguieron los guardas?
Len. Zí, zeñó.

ESCENA IV

DICHOS y DIEGO. Luego un CRIADO

Diego (Foro.) ¿Hay permiso?
Len. (Maquinalmente) No, zeñó.
Luis ¿Qué dices?... Pasa, Diego. Anda tú, á lo que ibas.
Len. (Azoradísimo.) Zí, zeñó. (Mutis primera izquierda.)
Diego (Avanzando.) Señorito...
Luis Se nos fué el pájaro, ¿eh?
Diego A la zaga van los guardas, pero dúo que le den arcance. Los jabatos no cortan tan bien er monte como ese diablo.
Fern. Es un bicho de cuidado.
Diego Y ligero como una pluma. De las manos se mos fué, y eso que de juro va jerío.
Luis ¿Va herido dice?
Diego Zí, zeñó; que ahora al gorvé yo pa cá he visto el rastro e la sangre.
Raf. Ese logra escabullirse.
Luis No lo hará, que llevan ordén de presentarlo vivo o muerto.
Fern. Mal rival tienes, Marqués. ¿Quién había de decirte que andando el tiempo tendrías por rival una cepa?
Raf. Pero una cepa terrible.
Fern. Justo castigo. ¿Quién te manda enamorarte como un párvulo de una belleza tan tosca?
Luis Es hermosa.
Fern. No lo dudo; pero no me niegues que con toda su hermosura, no trasciende a estiércol y jaras.
Luis Así y todo, me ha hecho perder el juicio.
Raf. (En son bromoso.) ¿Sería cosa que te atrevieras a hacerla tu marquesita?

Fern. (Idem.) Di que sí.

Luis No bromeeis. Os digo que es un bocado exquisito.

Fern. (En serio.) ¿Sabes que me están dando ganas de conocerla?

Diego Con los demás tajoneros viene jacia acá, pa jablá con er señó.

Luis ¿Viene ella?

Diego Sí, señó; er padre, er tío Nicio, se jaya en cama, y viene eya.

Fern. Una idea. Esas gentes vienen a hablarte respecto a las rentas.

Luis Sí.

Fern. Pues despacha con los hombres dejandola a ella la última, y una vez aquí sola...

Diego Ni pensarlo. He podío enterarme que tos le han jecho la promesa a Cancho de no salir de aquí sin Toñuela. Vienen tos juramentaos, y es peligrosa la cosa. To lo que no sea por la voluntá de ella...

Raf. Ofrécele oro.

Luis Se lo he ofrecido ya.

Fern. Ofrécele más.

Luis Lo despreciará, no hay duda.

Fern. Si no quiere por buenas, por malas.

Raf. Eso es.

Luis ¿De qué forma?

Fern. ¿No dice el guarda que el padre está enfermo?

Diego Sí, señó.

Fern. ¿Y tú no te atreverías a llegar en la noche con otros, adonde viva, y hacer que con cualquier pretexto te abra la puerta y carcargar con ella?

Diego Yo...

Luis Pero estas gentes vigilan a todas horas y la verían llegar a la hacienda.

Diego Y capaces son de prierdesle fuego.

Fern. Otra cosa: en vez de traerla aquí, que te la lleven a mi cortijo de Los Higuerales.

Diego Azina se espistarían.

Luis Te apruebo el plan.

Raf. Así harás tú caza mayor y nosotros también.

Luis ¿Qué dices?...

Raf. Que mientras tú te recreas en la paloma,

podemos nosotros dar una batida a los jabalíes. ¿Aprobado?

Fern. Aprobado. (Entra un Criado por foro izquierda.)

Criado (Desde la puerta.) Señorito, ahí están los tajoneros y piden permiso para hablar con usted.

Fern. Llegó la hora.

Luis Que pasen. (Desaparece el Criado.) Diego, avisa a los otros guardas y estar prontos en sitio cerca, que no hay que fiar de estas gentes.

Diego Descuide usté, que no habrá quien se mueva. (Vase foro.)

Luis Que pasen uno a uno. (Saca un revólver pequeño del pantalón y lo guarda en un bolsillo de la americana.)

Fern. (A Luis.) ¿Nos retiramos?

Luis No muy lejos, si quereis conocerla.

Raf. (A Fernando cogiéndole de un brazo para levantarse.) Sé mi muleta. (Dejando la ayuda y echando a andar.) No, déjalo; ¿ves cómo ando? (Andando naturalmente.)

Fern. Si no era nada; ¿no te lo dije?...

Luis No; hay que confesar que el bruto tiene gracia para estas cosas. (Vanse Rafael y Fernando por la primera derecha. Hay una pausa, en la que el señorito Luis pasea pensativo.)

ESCENA V

DICHO y JEROMO

Jer. ¿Da usté permiso?

Luis Adelante.

Jer. (Avanzando en actitud respetuosa, sombrero en mano.) Güenas tardes, señó.

Luis ¿Qué traes que decir tú?

Jer. Pos ya usté ve, jablá de lo respetive a la renta. Mos dijo er mayordomo...

Luis (Sin dejarle terminar.) Que estoy harto ya de daros plazos; es cierto. Bien, ¿qué tienes que decir?

Jer. Pos que se conduela usté de nuestro aqué y mos dé otra tregua. La sequía ha arramblao con lo sembrao, y...

Luis (Sin dejar de pasear, mostrando impaciencia.) Este año es la sequía; el pasado fueron las lluvias, siempre teneis un motivo para venir con plañires. Es muy socorrido eso, de que haya lluvias y secas.

Jer. (Moviendo tristemente la cabeza.) ¡Dice usté que socorrío!... Quisiera Dios que vinieran los años a peir de boca, señó... pero no es asina.

Luis Está bien; ya determinaré.

Jer. Tenga uste caridá de nosotros, que Dios se lo pagará. No sea usté peor que los elementos. Jasta la tierra, esa madre bendita y güena pa er pobre, también se ha güerto ingrata años jace. Cuasi siempre, por gota e suor que le ha dao la frente, bocao de pan que le ha dao a la boca; de poco ha, por gota e suor que la esponja, bocao de jambre que devuerve... que también el hambre da bocaos, señó.

Luis He dicho que determinaré.

Jer. (Con humildad.) Bien, señó. Quee usté con Dios. (Mutis.)

ESCENA VI

DON LUIS. A poco, DIEGO. Después, LENTISCO

Luis ¡Diego!

Diego (Apareciendo.) Señó.

Luis Diga a los demás colonos que el mayordomo les participará lo que resuelva. Que entre solo la muchacha. ¿Están los demás guardas avisados?

Diego Con las escopetas cargás y las cananas en la cintura.

Luis Bien; que entre la muchacha y nadie más que ella. Tú permaneces detrás de esa puerta.

Diego Bien, señó. (Desaparece por el foro y al mismo tiempo sale de la primera izquierda Lentisco, que viene machacando la medicina con un almirez o mortero.)

Len. Ya está esto. ¿Y er señorito de la pata mala?

Luis Entra; allí está. (Lado derecho.)

Len. Digo, señorito...

Luis (Con humor de perros.) Que salgas pronto, te digo.

Len. Es que tengo que esirle, ahora que está usté arrecibiendo a los tajoneros, que yo soy un probe como tós.

Luis (Descargando un puñetazo sobre un mueble y con voz de trueno.) ¡Te digo que te acabes de ir! (Lentisco, a la voz de don Luis, sale aturrullado por la puerta indicada, tropezando en los muebles.)

ESCENA VII

DON LUIS y TOÑUELA; al final, RAFAEL, FERNANDO, DIEGO y LENTISCO

Toñ. (Por foro.) Buenas tardes.

Luis Adiós, pollita; tanto bueno... toma asiento.

Toñ. (Seria y digna.) Asiento, ¿pa qué? Son dos palabras las que tengo que decisle na más, y me voy.

Luis (Esforzándose por reir.) Pues... concedido lo que sea; ya ves, sin saber lo que es. Así fueras tú tan condescendiente conmigo.

Toñ. (Gozosa ante lo que acaba de oir.) ¿Es verdá que me concede usté lo que le pido?

Luis Sí, te perdono las rentas, que será a lo que te refieras.

Toñ. (Variando de voz.) No, señor, no es a eso a lo que vengo; las rentas pué perdonaslas o no, que desde mañana pué disponer del tajón y los aperos, que tó se queda pa usté.

Luis ¿Estás loca, muchacha?... Entonces, ¿a qué vienes hasta aquí?

Toñ. A pedirle un favó, una caridá...

Luis ¿Qué es lo que quieres?

Toñ. ¡Que no lo maten!... que ordene usté a los que le siguen cuar si fuera un perro malo, que dejen de perseguirlo. Vertiendo sangre va por las herías, y es compasión, señó. ¿Qué ha hecho él? ¿Qué ha hecho er pobre?... Por caridá, señó. (Arrodillándose.)

Luis ¿Quieres tú que dejen de perseguirlo?

Toñ. Sí, señor, sí.

Luis Pues en tus manos tienes alcanzarlo.

Toñ. Diga, señor, ¿cómo? Diga.

Luis ¿No lo sabes?... ¿Acaso ignoras que estoy loco por alcanzarte?

Toñ. ¡Eh!

Luis ¿No lo sabes tú? Di.

Toñ. (Alzándose del suelo y avanzando lentamente hacia la puerta, con voz apagada.) ¿Y... ese es el precio que pone usté a la vía de Cancho?...

Luis Ese; así, que tú dirás.

Toñ. (Con frialdad siniestra.) ¡Que lo maten! (Avanza como para salir.)

Luis (En un grito de rabia.) ¡Pues que lo maten!

Toñ. (Volviéndose como una loba.) ¡Pero no... no lo matarán, porque pobre mujer como me ve, tendré fuerzas yo pa partirle er corazón al que lo intente, pa mordé y espeazá al que lo mande, aunque éste seas tú y te llames marqués. (Saca el cuchillo del pecho y lo alza sobre don Luis.) ¡Ladrón!.. ¡ladrón!

Luis (Que para el golpe sujetándole el brazo.) ¡Diego... guardas... acudid!

Diego (Por foro, quitando el cuchillo a Toñuela.) ¡Vas a jacerle cara al amo, desgraciá!

Fern. ¿Qué pasa? (Por la derecha.)

Raf. ¿Qué es esto? (Idem.)

Leo. ¡Toñuela! (Idem.)

Luis Echadla fuera.

Diego (Dando un empellón a Toñuela.) Arza pa er llano. (Toñuela, llorosa, se tiene que agarrar a la pared para no caer.)

Fern. Se rebeló la cordera.

Luis ¡Diego!... ¡¡Esta noche... lo dicho!!

Diego Será jecho, señorito.

MUTACION

CUADRO TERCERO

En segundo término, telón que representa algún paisaje de la sierra. Al lateral derecha fachada de una ermita y delante alguna cruz, propia del lugar. Un banco de piedra. Al lateral izquierda, casita muy humilde.

ESCENA PRIMERA

El PADRE ELÍAS, JEROMO, EL RUBIO y CORO de mujeres y hombres de campo. Todos, excepto el Padre, aparecerán arrodillados, formando un semicírculo, en cuyo centro está el Cura. A telón corrido entonan la siguiente salve

Música

Dios te salve
Madre y Reina
Reina y Madre
del Señor.
Dios te salve
Virgen Pura
Pura y Limpia
cual el sol.
Oye, Reina,
nuestro ruego,
que es plegaria
de dolor.

—

Confórtanos con tu gracia,
Madre del Divino Dios;
de tu bondad sobrehumana
caiga sobre nós el Don;
calma Reina nuestras cuitas,
échanos tu bendición.

—

Astro rutilante
Madre del labriego
sobre nós derrama
tu dulce consuelo.
Estrella de Oriente
más bella que el sol,

consuela a tus hijos
en esta aflicción.
(Sube el telón.)

—

Dios te salve
Madre y Reina,
Reina y Madre
del Señor;
oye, Virgen
nuestro ruego
que es plegaria
de dolor.
(Cesa el canto y se levantan.)

Hablado

Una mujer ¡Viva la Virgen del Valle!
Todos ¡Viva!
Otra mujer Ampáranos, madre, ampáranos.
P. Elías Sí lo hará; que su misericordia es infinita.
Rubio Y que socorra también a los esgraciaos que, como Cancho, se ven por ahí juitivos y desamparaos.
P. Elías ¿Decís que desde ayer que lo vísteis salir perseguido, no habeis vuelto a saber de él?
Jer. Jumo que se pierde en el aire, Padre.
P. Elías ¿Decís que iba herido?
Rubio (Sentenciosamente.) ¡Tiraban a asegurarlo!...
Jer. Y me extraña que no haiga aparecío aquí, cuando queó con Toñuela, sitao en la mañana.
Rubio Tar ves er probe se haiga esangrao en er monte.
P. Elías Raro es también, que no haya venido Toñuela.
Rubio Se jaya er padre enfermo, no es extraño.
P. Elías ¿Y del rebaño de Cancho, quién se ha hecho cargo?
Jer. En er tinahón de la jacienda lo han metío los guardas por mandato der señó.
Rubio Y los guardas, han rondao en la noche por las cercanías der tajón, creo yo que pa pillaslo si llegaba en la noche.
Jer. Que Dios le toque en er corazón y no güerva a pisá más er Pago e los Lobos.
Rubio Nosotros debemos de aprevenislo; asina, que

a dejá a las mujeres en casa y a salir los hombres po er monte a ver si lo topamos.

Jer. (Sombrero en mano.) Padre, la mano. (Bésala.) Jasta er domingo, y píale usté a Dios por ese desgraciao.

P. Elías Pedidle todos, que yo le pediré. (Dando a besar a todos la mano.) Adiós... adiós todos, hijos. (Desfilan todos silenciosos por la derecha, quedando solo el cura.)

ESCENA II

El PADRE ELÍAS, FERMÍN

P. Elías (Llamando.) Fermín... Fermín...

Fermín (Saliendo de la ermita.) Mande, Padre.

P. Elías Echa las jamugas a la mula, y dile a tu mujer que quede al cuidado, que me vas a acompañar.

Fermín ¿Vamos ya al pueblo?

P. Elías No; a la hacienda del marqués. Voy a implorarle compasión para ese desgraciado.

Fermín Ya sabía yo que ese salvaje no podía acabar bien. Hoy no se puede vivir con el modo de pensar que él tiene.

P. Elías Cada cual, es como Dios quiso hacerlo. Cancho, bajo esa apariencia de oso, encierra un corazón de oro.

Fermín Pero intratable, y tosco y arisco, como una peña.

P. Elías Culpa no es suya y sí del ambiente en que ha nacido. Dieras tú a esos señores refinados, por cuna un risco, por casa el monte, por sociedad un rebaño y por amigos los perros, y gran milagro haría Dios, si al hablar, no ladraban, como hace Cancho.

Fermín Tiene usté razón.

P. Elías Le conozco desde niño. De mozalbete, todos los domingos me ayudaba a misa; después, murieron sus padres y aquí venía a llorarme sus cuitas y a reirme sus gozos de inocencia. Y yo me extasiaba admirando su alma cándida, cuando, ya un hombre, me contaba sus sentires, por haber encojanado a tal o cual oveja al lanzarle una piedra con

la honda, o cuando rebosante la cara de gozo, sacaba de bajo la zamarra un pajarillo, que aprisionó con liga en los sembrados

Fermín Pues mucho debe haber variado, que el inocente gusta también de amoríos.

P. Elías Ley de la naturaleza es. Inocentes son los pajarillos y tambien labran sus nidos, que es templo de amor para ellos.

Fermín Sin embargo, lo que yo noto en Cancho no es eso solo; parece como si leyera... siempre hablando de libertad, y...

P. Elías No sé, no sé. Bien; prepara la mula. (Entra en la ermita el cura y Fermín en la casa.)

ESCENA III

CANCHO. Luego el PADRE ELÍAS

(Cancho aparece sigiloso por la izquierda, mirando a todos lados. Avanza con trabajo, cojeando de una pierna y apoyándose en la escopeta que quitó al guarda. Trae destocada la cabeza y avanza con gran lentitud, hasta llegar a la entreabierta puerta de la ermita. Al llegar frente a ella, escudriña con la vista el interior y tras larga pausa exclama:) ¡Padre!...

P. Elías (Saliendo y abrazando a Cancho.) ¡Cancho; hijo! (Mirándole de arriba abajo. Con conmiseración.) ¿En esta forma?

Can. En la forma en que me han puesto, Padre. (Dicho con ansiedad.) ¿Y Toña?

P. Elías (Instándole a sentarse en el poyo.) Ahora hablaremos de Toña. Siéntate, vienes herido... siéntate. ¿Quién te hirió?

Can. No lo sé, fueron tantos los disparos que me hicieron.

P. Elías (Poniéndose en la falda la pierna de Cancho.) ¿A ver?

Can. Si no es ná. Manaba mucha sangre, eso sí; pero en er monte corté yerbas y me amarré er pañuelo y dejó e salí. (Con igual interés que al principio.) ¿Y Toña?

P. Elías Que ya hablaremos de Toña; pero antes es preciso hablar de tí. Descansa; descansa un poco y cuéntame todo lo ocurrido.

Can. ¿Es que no lo sabe usté?

P. Elías Deseo que tú me lo cuentes. ¿Qué causas...?

Can. Las causas son, que quién jacerme un esgraciao.

P. Elías ¿Quién?

Can. Er zeñorito.

P. Elías Bueno, dime; ¿por qué no te aviniste a venderle las tierras al amo?

Can. Porque las necesito pa guardar a Toña, que es lo que él busca. Quiere quearse con mis dos únicos tesoros; con lo que es mi amó y con lo que es mi libertá.

P. Elías (Tras quedar pensativo.) ¿Qué hablas de libertad?

Can. Pos de mi libertá.

P. Elías La libertad según se entienda: a veces, ella es causa de males sin cuento, y al bueno lo vuelve malo.

Can. Pero no la que yo siento; la que yo quiero gozá es a la que to er mundo tiene derecho; de la mesma que los animales, siendo animales, gozan y disfrutan.

P. Elías Te acusan de rebelde y levantisco.

Can. De reberde, porque me niego a venderme a ellos como una bestia, porque quiero ser mío y no de naide, por eso. Si esa libertá la tié un lobo y la tié un pájaro, ¿por qué no la he de tené yo?

P. Elías Es que cuanto más padecemos, más nos elevamos al Señor. Los tramojos de este mundo son los peldaños que nos acercan al cielo.

Can. Yo los sufro con pacencia, y no es mi vía un gozo, que amargores me cuesta er pan que gano en mi libertá.

P. Elías Entonces... ¿no es mejor lo que ellos te ofrecen?...

Can. Pa usté, no sé; pa mí, no. En esto soy una bestia, lo comprendo, ni más ni menos que mis ovejas. Dele uste a éstas tajón de oro y de comé lo que más les gusta: jabas molías... y con to esto verá usté cómo se esmirrian y enflaquecen y a la postre estiran la pata. Dele usté, en cambio, un eriazo en la llanura... y cogiendo un bocao aquí y otro a la legua, las verá usté retozonas y alegres y blancas y rollizas que da gozo. Esa es la libertá que yo quiero.

P. Elías (Con extrañeza.) ¿A quién has oído tú decir esas cosas?

Can. A naide; ¿acaso no lo estoy viendo yo tos los días? Pos asina quiero yo sufrí escaceses y tramojos; pero, ¿qué son éstos comparaos con la alegría de tené uno una mujé que lo quiera, y por techo er cielo, y por casa er mundo?

P. Elías Bueno; dime ahora qué propósitos abrigas con respecto al Marqués. Cual si fuese en confesión. ¿Te enteras? ¿Le guardas odio?

Can. ¿Y eso qué es?

P. Elías ¿Que si sientes deseos de hacerle daño?...

Can. No.

P. Elías ¿Aunque te quitase las tierras?

Can. Manque me las quitara.

P. Elías ¿Aun cuando te quitase todo el rebaño?

Can. Manque me lo quitara.

P. Elías ¿Aunque pusiese los ojos en Toña?

Can. (Súbito, con arranque muy enérgico.) No, eso, no; entonces lo mato.

P. Elías No, Cancho, no le matarás. Dios te dice por boca mía que no mates, y operará el milagro. ¿Verdad que no matarás?

Can. (Con indecisión, cual si batallase con opuestas ideas.) ¡Qué sé yo!...-¡Dicen que Dios lo pué to!

P. Elías Su poder es infinito, ya verás. Ahora iremos los dos a ver al señor Marqués. Le pedirás perdón.

Can. ¡Nunca!

P. Elías Le pedirás perdón. (Con imperio.)

Can. (Con humildad.) Sí, le pediré perdón.

P. Elías Y yo le rogaré que te devuelva lo que es tuyo y te dejen vivir en paz.

Can. ¿Y Toña?

P. Elías También será tuya; confía en Dios.

ESCENA IV

DICHOS y LENTISCO

Len. (Por la izquierda, jadeante y sudoroso, apenas pudiendo hablar.) ¡Cancho, Cancho!... ¡Ya sabía yo que aquí te encontraría.

Can. ¿Qué pasa?

P. Elías ¿Qué traes, Lentisco?

Len. Señor cura... güenos días.

P. Elías Buenos días, hombre. Vamos, cuenta.

Len. Que Toñuela..

Can. ¿Qué dices de Toñuela?

Len. Que yo no sé cómo decirte que... se han llevao a Toñuela.

Can. ¿Quién?

Len. Naide.

Can. ¿Cómo que naide?

Len. Que yo no sé a punto fijo quién se la ha llevao.

Can. (Cogiéndole bruscamente.) ¿Jablarás?...

Len. ¡Home, que yo no he sío!

P. Elías ¡Calma, ten calma, Cancho! Yo te lo mando. Habla, Lentisco, ¿dices que se la han llevado? ¿cómo lo sabes?

Len. Por el padre, por el tío Nicio.

Can. ¿Lo has escuchao de su boca?

Len. De su boca. Ar gorvé de forrajeá en la umbría, me lo topé esta mañana, y llorando me dijo de su boca cómo en la noche llamaron a la puerta a peir agua, y ar salí Toñuela a dársela creyéndolos caminantes, la cogieron y la taparon la boca, y montándola en un caballo, esaparecieron sin dejar rastro.

Can. ¿Jacia dónde marchó er viejo?

Len. Jacia er cortijo e los Jiguerales; er camino que yo le dije.

Can. ¿Entonces tú sabes?...

Len. Es defiguración mía, que estuve ayé to er día en la jacienda, y por palabras suertas que cogí, me paese que es aonde se pué encontrá, asina, como que el amo ha sío er que ha mandao que la roben.

Can. (Avanzando enloquecido hacia la izquierda.) ¿Lo ve usté, padre? ¿Lo ve usted?

P. Elías ¿Adónde vas, Cancho?

Can. ¡A buscá mi borrega y a matá al lobo!

P. Elías ¡No matarás!

Can. ¡Que jaga Dios ese milagro!... ¡Grande y poderoso dice usté que es!... Po si es asina, que yo no lo dúo, que jaga er milagro; que me quite este aqué que llevo endrento el arma... porque si no... ¡lo mato! (Desaparece enloquecido por la izquierda.)

MUTACION

CUADRO CUARTO

La escena representa un paisaje rocoso y abrupto. Cruza la escena un camino agrio y pedregoso con grandes riscos. Al foro la sierra en perspectiva salvaje y bravía. Una vereda o camino la cruza en su riñón, en pronunciada pendiente, de izquierda a derecha. Este practicable debe ser colocado durante la representación del cuadro anterior, como se hizo en el estreno de la obra, para que el último entreacto sea brevísimo.

Al levantarse el telón aparece sola la escena, oyéndose la voz del que canta en la lejanía.

ESCENA PRIMERA

UNA VOZ

Música

Una voz Por presidiarios nos tienen,
¡ay! pobres contrabandistas,
que pa mantener los hijos
hemos de exponer la vida.

(Apenas se extingue la voz, aparecen por la izquierda, ocultándose de peñasco en peñasco, Cancho y el Tío Nicio; el primero en desorden las ropas, destocada la cabeza y apoyándose en la escopeta. Camina con mirada escrutadora y siniestra; el viejo le sigue fatigosamente, revelando hallarse extenuado y enfermo.)

ESCENA II

CANCHO y TÍO NICIO

Hablado

Nicio No pueo más. (Dejándose caer sobre uno de los riscos.)

Can. Descanse usté; poco tiempo, que poemos llegá tarde.

Nicio Paece que suena... ¿no oyes?

Can. Contrabandistas que atraviesan la sierra

Nicio ¿Está mu lejo er cortijo?

Can. Tierras der mesmo pisamos ya. A la regüerta aquer cabezo (Señalando a la derecha.) se jaya er caserío. Qué... ¿vamos?

Nicio Si es que no pueo con mi arma.

Can. (Mirando al cielo con descsperación y abatimiento.) ¡Qué jacer, Dios!

Nicio Deja que me muera en estos riscales... ¡Si acabara!...

Can. Lo mejor será que usté se quee aquí escansando tan y mientras yo llego ar caserío.

Nicio ¿Eh?... ¡No! (Levantándose con agilidad impropia de su estado.) Yo aquí, no; yo contigo, a por mi hija. Ya ves qué milagro es este: ya ni tengo sé ni me canso. Anda.

Can. Lo engaña a usté er corazón, agüelo... Pa sacá a Toña der cortijo hay que entrá en ér mordiendo y matando... y un defunto ni muerde ni mata.

Nicio ¿Dices que no?... Sí, sí pueo... anda... ya verás...

Can. ¡Calle! Paece que viene gente por el recóo der camino. (Escuchan un instante, y convencido de ello, arrestra al viejo tras unos riscos, exclamando:) Aquí... aquí.

Nicio ¿Serán eyos?

Can. (Oculto también tras las piedras, con la escopeta echada a la cara. En voz baja al viejo, rápido.) Cayao... cayao...

Nicio (En voz baja también.) Se acercan.

Can. (Llevándose el índice a los labios.) ¡Chist... cayao!

ESCENA III

DICHOS y TOÑUELA. Por la derecha, corriendo, volviendo la cara hacia atrás, suelto el cabello, hecha jirones la ropa, llorosa y con semblante trágico y siniestro. Al verla aparecer da un salto Cancho, saliendo a su encuentro al camino. El Tío Nicio le imita

Can. ¡Toñuela!

Toñ. ¡¡Cancho!!... ¡¡Padre!!... ¡Padre!! (Abrazándose a él.)

Nicio ¡Mi hija!... ¡Mi Toñuela!

Toñ. (Señalando con mirada extraviada a la derecha.) ¡Ahí vienen... me vienen siguiendo... logré escaparme y me siguen!...

Nicio ¡Hija mía! Pero... ¿y tu honra?

Toñ. (Con desesperación.) ¡Allí se ha quedao! ¡Allí se ha quedao en jirones como la ropa que traigo! .. (Avanzando a Cancho rápida y loca.) ¡Dame la escopeta, Cancho!

Can. (Luchando por no desprenderse de la escopeta.) ¡Calla! ¿No dices que te seguía?

Toñ. Ahí viene. Dámela que yo lo mate.

Can. ¡Suerta y caya! (Llevándoles tras las peñas.) ¡Aquí... esconderse! ¡Aquí también, agüelo!

Toñ. ¡Si lo quiero matar yo!

Can. ¡Tú, no; yo! (Apostándose tras un risco, desde el que domina el camino. Revolviéndose nervioso cual la fiera hambrienta al olfatear la caza.) ¡Caya, que ya viene!... ¿Ves?... ahora se tapa en las madroñas der camino... Verás... verás... asina se cazan los lobos.

Toñ. (Con un grito del alma.) ¡¡Tira!!

Can. Aguarda... está espistao... ¿Ves?. . ¡Allá a lo lejc der camino lo siguen los guardas!... ¡Ahora!... ¡Ahora! (Dispara hacia la derecha, y tan pronto lo hace salen al centro.) ¡¡En pas!! (Alzando la voz como dirigiéndose a los guardas que aún vienen lejos.) ¡Una honra, una vía! Es ar precio más bajo que se pué comprá. (A Toñuela y al viejo.) Ar monte... ar monte. (Salen por la izquierda y al momento reaparecen por el camino practicable del foro, en dirección al monte, si bien antes de desaparecer entra en escena por la derecha, primer término, Diego el guarda.)

ESCENA ÚLTIMA

CANCHO, TOÑUELA y TÍO NICIO, en lo alto. DIEGO, por abajo

Diego (Al entrar en escena vese encañonado.) ¡Eh! ¡Lo has matao... ladrón!

Can. (Fieramente.) ¡Sí. . lo he matao!

Diego ¡A traición!

Can. ¡Sí... a traición!... ¡a traición!... ¿Acaso me la quitó él a mí cara a cara? (Toñuela tira del viejo, cuesta arriba, ayudándole a subir el Cancho con su espalda para no perder de vista al guarda.)

TELON

Obras, estrenadas, de los mismos autores

A cara o cruz.--Entremés.

¡Truqui!—Entremés.

Tierra llana.—Zarzuela en un acto y tres cuadros. (1)

Los esclavos blancos.—Comedia dramática en dos actos.

Similiquitruqui.--Sainete lírico en un acto. (1)

El Pago de los Lobos.—Drama lírico en un acto y cuatro cuadros. (2)

---

(1) Música del maestro Prudencio Muñoz.

(2) Música de los maestros Salvador Martí y José Arroyo.

Precio: UNA peseta